

# FRANCISCA NOGUEROL / LITERATURAS HISPANOAMERICANAS EN 2025: UN BALANCE EXTRAORDINARIO

## Un año de premios y lecturas

El 13 de abril de 2025 murió Mario Vargas Llosa y, con él, el último representante del *boom*. Sin embargo, los lectores en español no hemos quedado huérfanos: dan fe de ello los numerosos galardones obtenidos por escritores transatlánticos en los pasados doce meses. Mientras Cristina Rivera Garza se situó en el top 10 de candidatos a recibir el Nobel de Literatura, sus compatriotas Gonzalo Celorio y Coral Bracho obtuvieron, respectivamente, el Premio Cervantes y el Internacional de Poesía Federico García Lorca. Carmen Ollé ganó el José Donoso, Gioconda Belli el Carlos Fuentes, Tomás González el Manuel Rojas, Liliana Colanzi el Zinklar, Fernanda Trías el Sor Juana Inés de la Cruz, Gabino Iglesias —por una obra escrita en *spanGLISH* de claro sabor fronterizo— el Bram Stoker y el Shirley Jackson; y, por último, Gabriela Cabezón Cámara celebró el National Book Award a *Las niñas del naranjel* como mejor libro traducido al inglés. En España, el Loewe recayó en Hugo Mujica; las venezolanas Esmeralda Torres y Verónica Jaffé obtuvieron, respectivamente, el Casa de las Américas (Cuba) y el Casa de América (Madrid)... Y ¿qué decir de los galardones relacionados con la editorial Visor? Rolando Kattán se hizo acreedor del Claudio Rodríguez por *Omisión del ángel*, Sergio García Zamora obtuvo el Emilio Alarcos por *El pan y la palabra*, y Nilton Santiago, el Ciutat de Valencia 2024 con *Vocación de naufrago*. En narrativa, Sergio Ramírez mereció el Premio Bienal de Novela Mario Vargas Llosa por *El caballo dorado* (Alfaguara), mientras otros prestigiosos reconocimientos fueron a parar a firmas argentinas: María Fasce —que obtuvo el Café Gijón 2024—, Jorge Díaz Fernández —Nadal—, Pablo Maurette —¿qué gran acierto el Herralde en esta ocasión!—, Guillermo Saccomanno —Alfaguara— o Victoria Szpunberg, en quien recayó el Premio Nacional de Literatura Dramática.

El año destacó, asimismo, por la aparición de grandes títulos dedicados a la pasión de leer. Es el caso de *Alguien que canta en la habitación de al lado* (Random House), de Alan Pauls (no en vano, responsable anteriormente de *El factor Borges y Trance*); de *Archipiélago* (Ampersand), donde Mariana Enríquez —que editó en Anagrama *Cómo desaparecer completamente* (2004), su segunda novela— escribe sobre «La América Latina que me gusta leer: la que no tiene luz»; de *La ley de Heisenberg* (Ampersand), en la que Ida Vitale descubre su fervor por el principio de incertidumbre. Y, ampliando el marco a la historia, de *Ese montón de espejos rotos* (Tusquets), título en el que Gonzalo Celorio traza, como testigo de excepción, un completo mapa de la cultura mexicana desde 1968 a 2024.

## Teatro y poesía

Aunque la novela continuó siendo el género más publicado, se apreció un incremento en la programación de teatro transoceánico en España. 2025 fue el Año Iberoamericano de las Artes Escénicas: de ahí que CIRCULAR dedicara su VII edición a los Pueblos Ori-

ginarios de América y que continuaran su excelente labor el CELCIT, el Festival Temporada Alta (Girona) —organizador del ciclo «Connexió Iberoamèrica»— y el Festival Iberoamericano de Teatro de Cádiz, que llegó a su 40.<sup>a</sup> edición. Además de los correspondientes a nombres asentados en España, son ya habituales en las tablas españolas los montajes imaginados por creadores que viven del otro lado del Atlántico como Fabio Rubiano, Lola Arias, Marina Otero, Guillermo Calderón, David Gaitán o Manuela Infante.

Victoria Szpunberg vio publicado *El imperativo categórico* en la editorial Punto de Vista, texto representado por primera vez en español en el Teatre Lliure; por su parte, con *La tercera fuga*, recreó sobre las tablas el exilio de tres generaciones de una familia muy cercana a la suya. Denise Despeyroux editó siete de sus obras en *Teatro denisiaco* (de nuevo en Punto de Vista) y siguió representando *Misericordia*, recuento del viaje que hizo de niña, de España a Uruguay, junto a otros ciento cincuenta y cuatro hijos de represaliados políticos. Fueron adaptados el escenario textos narrativos como *Ustedes brillan en lo oscuro*, de Colanzi; *El invencible verano de Liliana*, de Rivera Garza; *Matate, amor*, de Ariana Harwicz, o *Las cosas que perdimos en el fuego*, de Mariana Enríquez. Además, ciertos poemas, ensayos y cartas de Octavio Paz permitieron a Jorge Volpi dramatizar el amor en sus diferentes etapas vitales en *Los amores feroces* (Teatro de la Abadía).

Concluyo esta sección con dos destacables propuestas: la representación de la aclamada comedia negra *Labio de liebre*, de Fabio Rubiano —donde un comandante paramilitar en el exilio es visitado por los espectros de sus víctimas—; y *Los días afuera*: mezcla de drama realista, ficción documental y musical con la que Lola Arias recuperó a las protagonistas de su película *Reas*, mostrando las dificultades que conlleva retomar la vida tras la experiencia de la cárcel. El texto reivindica los lazos de solidaridad que las exconvictas tienen entre ellas: vínculos similares a los que teje, con mujeres inmersas en la violencia del narco, la protagonista de los relatos integrados por Dahlia de la Cerda en *Medea me cantó un corrido* (Sexto Piso).

En el terreno lírico, Pre-Textos puso a nuestra disposición algunos recopilatorios imprescindibles: *Poesía reunida (1977-2023)*, de Bracho; *Obra completa II. Cuaderno azul (Poemas, 1996-2009)*, de Eduardo Chirinos, continuación del *Cuaderno rojo* publicado en 2024, dos títulos que homenajean claramente a The Beatles; y *Escribo caminando. Antología poética (1983-2025)*, de Miguel Ángel Zapata. Destaco también la aparición en este sello del póstumo *Detrás de la ciudad y antes del cielo*, por la temprana muerte de Julio Trujillo.

María Negroni, de la que hablaré de nuevo en estas páginas, reunió dos poemarios descatalogados en *Escenas de lenguaje* (Kriller71), mientras Orlando Mondragón editó *Epicedio al padre* (Elefanta Editorial): un poemario rotundo, en el que el sujeto poético, que cuida al progenitor enfermo hasta su muerte, rememora la áspera homofobia de este y reflexiona sobre la masculinidad, la culpa y el perdón.

Omar Castro Villalobos, Premio Loewe a la Creación Joven 2024, recurrió a la textovisualidad para denunciar en *Habitación persona sola* (Visor) la imposibilidad de vivir en una ciudad marcada por

la crisis habitacional. Dos novelas se centraron, asimismo, en este candente tema: *Barrio Moscardó* (Candaya), del también peruano Sergio Galarza; e *Indócil* (Barrett), donde Laura Ortiz recrea una olvidada huelga de inquilinos en la Argentina de inicios del siglo XX.

Pero volvamos a la poesía. Con *Los hombres de mi vida* (Visor), Piedad Bonnett recuperó sus grandes motivos —las cicatrices provocadas por la vida, las ausencias, los deseos incumplidos, la enfermedad mental— ahondando en las figuras de los hombres —padre, pareja, hijo, amantes— que la han rodeado. Andrea Cote, su reconocida sucesora lírica, vio publicado el poemario con el que ganó el Premio Casa de América 2024: *Querida Beth* (Visor), reflejo de la desolación vital de una migrante, en el que imperan la ironía y el afortunado uso de lenguajes publicitarios.

El deseo permea *Amarilis* (La Bella Varsovia), de la argentina de origen bielorruso Natalia Litvinova: obra que conjuga teatralidad y mitología a partir de cuatro interesantes voces poéticas. *Historia de la carne* (Huerga y Fierro), de Bileysi Reyes, explora asimismo la frágil corporeidad, pues la voz poética se presenta como «médula expuesta». Finalizo este repaso con *Kotopaxi* (Mafe Moscoso, Sudakasa), «fábula sci fi equinoccial» en palabras de su autora: artefacto poético que narra un evento del futuro —el viaje de ciertos pájaros, uniendo el volcán Cotopaxi con el Mediterráneo— para reflexionar sobre la migración, la identidad y la historia de violencias sufrida por el Ecuador.

## Narrativa

Llega el momento de acercarse a la narrativa, que reseñaré atendiendo a tres grandes apartados: *apuntes de realidad, el imperio de la imaginación y excentricidades*.

### Apuntes de realidad

Abordo, en principio, los textos que juegan con las variaciones del «yo» en páginas cercanas al documento y la crónica. En el apartado de *no ficción* sobresale *Ahora y en la hora* (Alfaguara), de Héctor Abad Faciolince: reflexión sobre el azar, la violencia y la muerte motivada por un bombardeo ruso sobre civiles del que fue víctima, en el que murió la escritora ucraniana con la que acababa de cambiar el sitio. Martín Caparrós recuperó un siglo de historia bonaerense en *Bue* (Random House), colosal crónica novelada de su ciudad, mientras Nona Fernández navegó entre la entrevista y la ficción en *Marciano* (Random House): acercamiento a la vida de un antiguo guerrillero —hoy encarcelado— que le permitió adentrarse en la historia reciente de Chile y ahondar en el motivo de las ilusiones perdidas.

El cuerpo sufriente fue protagonista de *La merma* (Random House), donde María Moreno contó, con su habitual pericia, los esfuerzos por recuperarse de un ictus que, en 2021, le paralizó el lado derecho y cambió su modo de escribir. Inés Garland narró en *Diario de una mudanza* (Alfaguara) los rigores de la menopausia, mientras Ana María Shua usó el hilo conductor de las anatomías más frágiles —parturientas, enfermas, moribundas— en el excelente *El cuerpo roto* (Páginas de Espuma).

Capítulo aparte merecen dos biografías noveladas. En *Hasta que empiece a brillar* (Alfaguara), Andrés Neuman recreó la infancia, el trabajo en las Misiones Pedagógicas de la República, la vida

familiar, la enfermedad última y, sobre todo, la asombrosa labor de María Moliner al redactar sola, a lo largo de más de quince años, un *Diccionario de uso del español* (1966) que ha influido, como ningún otro, en el conocimiento de la lengua. Destaco, en este sentido, el festín que supone leer el apartado dedicado a los vocablos definidos por Moliner y comentados por Neuman, uno de los más agudos conocedores del idioma. En la misma línea de fascinación por la figura biografiada se encuentra la novela *Los nombres de Feliza* (Alfaguara), donde Juan Gabriel Vásquez esculpe el retrato de la carismática artista colombiana Feliza Bursztyn; para ello, entreteje su investigación personal con el conocimiento de los años sesenta y setenta latinoamericanos: sin duda, una época tan interesante como convulsa.

Jorge Fernández Díaz fue galardonado por *El secreto de Marcial* (Destino), peculiar tributo a la figura paterna después de la formidable carta de amor que supuso su *Mamá*; de ese modo, se adentró en la vida de Marcial Fernández, emigrante asturiano con el que compartió poco más que películas clásicas de Hollywood —el aroma de *Cinema Paradiso* en la obra resulta innegable—, pero del que llegó a descubrir un emocionante secreto de juventud. Con el deseo compartido de atar cabos sobre un progenitor enigmático, Carlos Ferráez dedicó *Mapas inútiles* (Almadía) al viaje por carretera de un hombre que quiere entender por qué fue abandonado, emprendido junto a una mujer acosada por sus propios fantasmas familiares.

Alejándose de la primera línea de realidad, algunos textos dieron cuenta, con especial pericia, de los vericuetos más complejos de la subjetividad. Es el caso del estado mental paranoico, extraordinariamente retratado en la obra de Horacio Castellanos Moya: en esta ocasión, sufrido por Clemente Aragón, protagonista de *Cornamenta* (Random House). En la misma línea se sitúan dos herederas aventajadas de Katherine Mansfield a la hora de reflejar estados de conciencia alterados: María Fasce, que en *El final del bosque* (Siruela) desvela una historia de secretos y violencias familiares a través de una poco fiable narradora; y Pilar Quintana, quien en *Noche negra* (Alfaguara) refleja la ansiógena experiencia de una mujer sola en la selva, acosada tanto por la naturaleza como por los vecinos que la rodean.

El psicoanalista resulta fundamental en las tres historias que conforman *Turbación* (Menoscuarto), de Cristina Peri Rossi. En cuanto a Sara Jaramillo, planteó en *El cielo está vacío* (Lumen) la ambigua relación de una chica con un hombre que le dobla la edad, a la manera de la gallega Lucía Sobral en uno de los grandes éxitos del año (*Comerás flores*, Libros del Asteroide). La crisis vital en mujeres jóvenes se extiende a dos textos publicados por Almadía: *El gran danés*, de Corina Bistrisky, sigue a una muchacha que, tras sufrir el desamor, vuelve a atender a la vida gracias a la compañía de su gran perro; por su parte, la protagonista de *La siembra de nubes*, de Claudia Apablaza, refleja el trance de abandonar el propio país y sus afectos para garantizar el futuro profesional, denunciando de paso el deterioro del planeta como consecuencia de prácticas tan nocivas como la que da título a la obra. Cierro este párrafo con la cartografía del desasosiego desplegada, en *Un nombre para tu isla* (Páginas de Espuma), por esa maestra de estilo —sensual, epifánica, certera— llamada Katya Adauí, a la que seguimos con la mayor atención.

Pocas etapas vitales resultan más interesantes para explorar la subjetividad que las iniciales. En ese sentido quiero destacar, en





F. NOGUEROL /  
LITERATURAS  
HISPANOAMERICANAS  
EN 2025...

primer lugar, la electrizante y cumbiera novela de Gabriel Mamani *El rebén* (Periférica), donde se narra un fin de infancia provocado por el conocimiento de los vicios y virtudes paternos. Pedro Mairal, especialista en reflejar con ternura y humor el momento en que se abandona la adolescencia —*Una noche con Sabrina Love*— o se «cae» de nuevo en ella como consecuencia del «loco amor» —*La uruguayaya*—, elabora en *Los nuevos* (Destino) un magnífico *Bildungsroman* protagonizado por dos chicos y una chica en busca de su destino, unidos por los lazos de la amistad y la música. Jóvenes son también las voces narradoras de *Terrestre*, de Cristina Rivera Garza (Random House), las que detallan unos trayectos a pie, en bus o en tren encaminados a inventar —u ocupar— los espacios que, habitualmente, se les disputan.

Con Rivera Garza, llega el momento de hablar de los textos más *políticos*, dispensadores de una mirada analítica —no exenta de preocupación— sobre los derroteros que sigue el mundo. Algunas obras se acercaron a países en crisis desde hace décadas: es el caso de los cuentos que conforman *Venecos* (Páginas de Espuma), de Rodrigo Blanco Calderón, doloroso reflejo de la experiencia de la diáspora, en la que el autor se apropia —para trascenderlo— del término despectivo con el que se designa al exiliado venezolano. En la misma línea, Leonardo Padura continuó «la crónica del derrumbe» cubano en *Morir en la arena* (Tusquets): retrato de cincuenta años de historia de su país a partir de la historia real de un parricidio. En cuanto a Eduardo Sacheri, contó en *Qué quedará de nosotros* (Alfaguara) la guerra de las Malvinas desde el punto de vista de sus combatientes, y en *Demasiado lejos* asumió la misma trama enfocándose en quienes quedaron en Argentina.

Otros dos compatriotas incidieron en las miserias nacionales: Guillermo Saccomanno retrató en *Arderá el viento* (Alfaguara) un universo degradado a nivel familiar y social, situado en un balneario de ecos lynchianos, cargado de secretos y corrupción. Mientras, Claudia Piñeiro nos regaló una nueva novela negra —*La muerte ajena* (Alfaguara)—, inspirada en hechos reales y centrada en el tema de la prostitución VIP.

El tema del rastreo de desaparecidos, que logró altas cotas literarias con *Cometierra* y *Miseria*, de Dolores Reyes, y sobre el que Periférica acaba de publicar el extraordinario ensayo *El extravío de los signos* de Natalia Mendoza, dio lugar a una estupenda primera novela de Mariana Orantes: *Caer bajo tierra* (Candaya), descenso al inframundo en la cosmovisión del México antiguo protagonizado por cuatro mujeres marcadas por el feminicidio, en el que confluyen archivo, memoria, ficción gracias a un videojuego que permite a las rastreadoras comunicarse con los ausentes. En la misma línea, *Raíz que no desaparece* (Alfaguara), de Alma Delia Murillo, presentó a los árboles como testigos de las muertes que se acumulan en sus raíces y, como consecuencia, en asistentes de las madres que investigan la desaparición de sus hijos.

Concluyo este apartado destacando la labor de Gabriela Wiener como editora del sello Caballo de Troya, que en 2025 ha evolucionado a Yegua de Troya para dar cabida a las «nuevas escrituras del sur» y «el pensamiento marrón». Entre los títulos elegidos, subrayo la oportunidad de rescatar *Las negras*, de Yolanda Arroyo Pizarro, clásico del afrofeminismo en español, así como la publicación de *Mientras dormías, cantabas*, de Nayareth Pino Luna, afortunado cóctel en el que se entrecruzan, a ritmo de cumbia, temas como la familia, el cuerpo discapacitado y el deseo.

### El imperio de la imaginación

Acerquémonos ahora a los territorios de la imaginación, donde encontramos desde *cuerdos* delirios y recuperaciones del realismo mágico a narrativas centradas en lo extraño —el siniestro sigue triunfando— o abiertas a la ecoespiritualidad. Todos estos títulos reflejan un tiempo acosado por las amenazas, en el que la literatura se muestra atenta a lo que se oculta: de ahí, su innegable carga ética.

Comienzo con el ejercicio de metafiction historiográfica desarrollado por Pablo Maurette en *El contrabando ejemplar* (Anagrama), novela poliédrica que responde a la pregunta de «cuándo se jodió Argentina»: para ello, el autor se remonta a los orígenes de la nación, a la práctica del contrabando de esclavos y al mito de un monstruo tricéfalo nacido del cruce de una india querandí con un europeo. Mientras, Silvana Vogt entreveró los mimbres del realismo mágico en *El fino arte de crear monstruos* (H&O), donde una niña fantásica narra la historia de un pueblo condenado a todo tipo de catástrofes.

En cuanto a las «narrativas de lo extraño»: Samanta Schweblin reunió en *El buen mal* (Random House) seis potentes y oscuros relatos, coincidentes en tono y forma con títulos publicados en 2025 por las españolas Pilar Adón —*Las iras* (Galaxia Gutenberg)— y Angélica Liddell —*Cuentos atados a la pata de un lobo* (Malas tierras)—. Haciendo gala de su característico estilo, en el que resultan esenciales los verbos en presente, las estructuras «in crescendo» y los puntos de vista inusuales, incidió en los inciertos límites existentes entre bien y mal para aproximarse a temas como el suicidio, la culpa y el cuidado de los otros. Así se aprecia en el cuento «El ojo en la garganta», tan cercano a *Distancia de rescate* y, para quien firma estas líneas, entre lo mejor que leyó el año pasado.

En la misma línea de excelencia se situaron otras dos colecciones de cuentos: la primera edición española de *El marido de mi madrastra* (Tusquets), donde Aurora Venturini hace gala de su originalísimo universo literario —¿cómo descubrimos tan tarde esa narradora en primera persona?— y *Jardín de noche*, de Fabio Morábito (Sexto Piso), relatos que mantienen la premisa de ser protagonizados por mujeres que miran jardines nocturnos: conociendo la imaginación y la vertiente lírica de su autor, ¡prepárense para disfrutar!

La biblioteca de Carfax publicó en español *El diablo te lleva a casa* de Gabino Iglesias, efectiva y tremenda novela *gore* escrita originalmente en inglés, que profundiza en la experiencia del narco en la frontera entre Estados Unidos y México. En una línea menos salvaje, Tamara Silva reivindicó la abyección, la sensorialidad y la entropía en *Larvas* (Páginas de Espuma), cuentos en los que se difuminan las fronteras entre humanos, fantasmas y animales.

El cuestionamiento del antropocentrismo y la reivindicación de un nuevo modo de «percibir», hostil a la rigidez de las taxonomías clásicas y cercano a las «miradas planetarias», se hizo patente en textos signados, en muchos casos, por la ecoespiritualidad. Tras el ensayo *Todo lo que crece*, Clara Obligado publicó *Un árbol de compañía* (Páginas de Espuma) —escrito a cuatro manos con el biólogo Raúl de Tapia—, reflexión sobre lo que significan los árboles en nuestras vidas que recomiendo leer junto a *Manos verdes*, de Matías Serra Bradford (novela afortunadamente recuperada para el lector español por la editorial Minúscula).

Seguimos con la densa y lírica *El monte de las furias* (Random House), de Fernanda Trías: una autora que este año está dando nuevas muestras de su buen hacer con el libro de relatos *Miembro fan-*

*tasma* (Páginas de Espuma). Repasando temas claves de su taller —las aristas de la maternidad, la denuncia del Capitaloceno, la relación de los seres humanos con la naturaleza—, nos contó cómo una mujer entra en el proceso místico de conocer y cuidar una montaña, que a su vez la ampara como no lo había hecho nadie. El tono de la obra resume una frase escrita por la protagonista innominada en su diario: «Yo no vivo en la montaña sino con ella, y esa diferencia es más que una palabra». En cuanto a Edmundo Paz Soldán, imaginó en los cuentos de *El comienzo del paraíso* (Páginas de Espuma) los procesos de transformación que sufrirán los seres vivos tras un periodo de devastación ecológica. En esta línea de profundización en biología alternativa y tras *Fieras familiares*, el zoólogo Andrés Cota Hirriart publicó *Fieras interiores* (Random House), un bestiario conformado por las inverosímiles criaturas que nos habitan.

En la breve, digresiva y hermosa *El corazón habitante* (Almadía), Daniela Tarazona meditó sobre el devenir de la Humanidad enfocando su «mirada planetaria» en la prehistoria —una mujer pinta, asombrada por el milagro de la vida—, el siglo XVII —un cirujano se obsesiona con el misterio de la circulación—, y el presente/futuro: un desengañado astronauta flota a la deriva en el espacio. Para ello, usó como hilo conductor el flujo sanguíneo: símbolo compartido con la bilbaína Aixa de la Cruz en *Todo empieza con la sangre* (Alfaguara), aparecido asimismo el año pasado. Abandonando la corporalidad, el siempre efectivo Alberto Chimal advirtió de los peligros del transhumanismo —triumfo de la IA sobre los seres humanos, pérdida del libre albedrío, deliquios místicos tecnófilos— en *Las máquinas enfermas* (Páginas de Espuma), título muy cercano al tono de la serie «Black Mirror» (en «Lili», por ejemplo, una inteligencia artificial se propaga apoderándose de humanos que la dejan hacer). Su cuestionamiento de lo que entendemos por Humanidad recuerda el planteado por Martín López Lam en la novela gráfica *Bruma* (Aristas Martínez), recuento de la vida de tres niños en un mundo postapocalíptico. Y, ya que hablamos del género, destaco la fuerza narrativa inscrita en los expresionistas dibujos de *Encías quemadas*, de Natalia Velarde (Reservoir Books): relato onírico (y, de nuevo, postapocalíptico) del camino de redención emprendido por Piel de Perro, una criatura a medio camino entre la mujer humana y el animal.

### Excentricidades

Concluyo el epígrafe enumerando una serie de textos definidos por su carácter excéntrico, especialmente atractivos para quienes disfrutamos con el riesgo escritural. Así sucede con la reedición en Sexto Piso de *Permanente obra negra* (2019), de Vivian Abenshushan: artefacto literario infinito, que merece un lugar de honor en los estantes de cualquier librería. Subrayo, asimismo, los resultados del duelo creativo emprendido, en *Pron vs. Prompt* (Delirio), por Patricio Pron contra Chat GPT-4, a la manera de combates anteriores como los de Deep Blue contra Kasparov o Lee Sidol contra AlphaGo. Leídos los relatos creados por el escritor y a la máquina tras recibir las mismas propuestas creativas (*prompts*), podemos concluir que, aún, el humano sale victorioso. Como lo hace César Aira al interrogarse, en *El arqueólogo* (Blatt & Ríos), sobre un mundo que va perdiendo, paulatina y desgraciadamente, su misterio.

Dejo para el final dos títulos excelentes: en la breve y kafkiana *Estación Saturno* (Candaya), Fernanda García Lao hace gala de su

original acercamiento a los géneros —entre el poema, el aforismo y el diálogo dramático— para hablarnos del hotel Tiānqī: una casa encantada; y, con ella, de temas tan afectos a su literatura como la locura, el yo y sus dobles o los legados familiares oscuros. En cuanto a María Negroni, realiza una proeza escritural a la altura del *Movimiento perpetuo* monterrosiano en *Colección permanente* (Random House): gabinete de curiosidades que entroniza el fracaso como motor de escritura, en el que prima la libertad asociativa, la brevedad y la reflexión epifánica. Sin duda, otro de los títulos del año.

### Reediciones

En el campo de las pociones —aunque ya hemos dado cuenta de unas cuantas—, nos alegró volver a contar en librerías con un clásico de la novela gráfica: *Perramus* (Astiberri), de Alberto Breccia y Juan Sasturain, fresco de la historia de América Latina publicado originalmente en 1985, en el que sus autores reflejaron sus grandes pasiones —tango, fútbol, literatura— con el telón de fondo de la resistencia a la represión política. Elena Garro fue noticia por la publicación de *Inés* (Espinas), novela inédita en España —apareció en México en 1995—, que denuncia la misoginia y la opresión social a través de la historia de una muchacha secuestrada y violentada al límite, experiencia conectada con la dura biografía de su autora.

Disfrutamos la prosa alucinógena y experimental de Pablo Katchadjian con el rescate por Sexto Piso de *Gracias* (2011), su segunda novela: potente meditación sobre el poder y el libre albedrío a partir de la rebelión de un grupo de esclavos. Periférica nos regaló la *nouvelle* de culto *La casa de papel* (2002), de Carlos María Domínguez, mientras Las afueras lo hizo con *Las esferas invisibles* (2015): tres relatos de Diego Muzzio vinculados por la epidemia de fiebre amarilla que devastó Buenos Aires en 1871. En ellos se aprecia la *marca de la casa* de su autor, tan cercano a otros grandes como Luciano Lamberti o Roque Larraquy: una sensibilidad decadente y simbolista, que compagina a la perfección con el fervor por el ocultismo, las ficciones científicas y los clásicos de la literatura fantástica.

### Conclusión

Llego al final de este balance con una idea clara: el año pasado produjo una cosecha excelente de textos, tanto por la recuperación de obras que merecían una segunda oportunidad como por la calidad de las publicadas por primera vez. La lista de los libros más vendidos ha sido encabezada, una vez más, por Isabel Allende: en esta ocasión, con *Mi nombre es Emilia del Valle* (Plaza & Janés), nueva historia de amor y guerra protagonizada por una intrépida mujer de la saga de los Valle. Pero quien firma estas líneas solicita a las editoriales españolas la apuesta por otros títulos, aparecidos en los países de sus autores en 2025 y en riesgo de no ser conocidos por estos lares, aunque se trate de literatura con mayúsculas: la poesía expandida de Rocío Cerón en *Materialidades inmateriales* (Cinosargo, Chile); *El cordero* (FCE, Colombia), de Miguel Aguirre, primera novela que entrecruza la política con el relato bíblico en un complejo desafío estilístico y estructural. Y, finalmente, *Fiebre* (Impronta, México), de Gabriel Wolfson, uno de los mayores formalistas actuales e imprescindible si hablamos de los escritores *secretos* en español.

F. N.—UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

